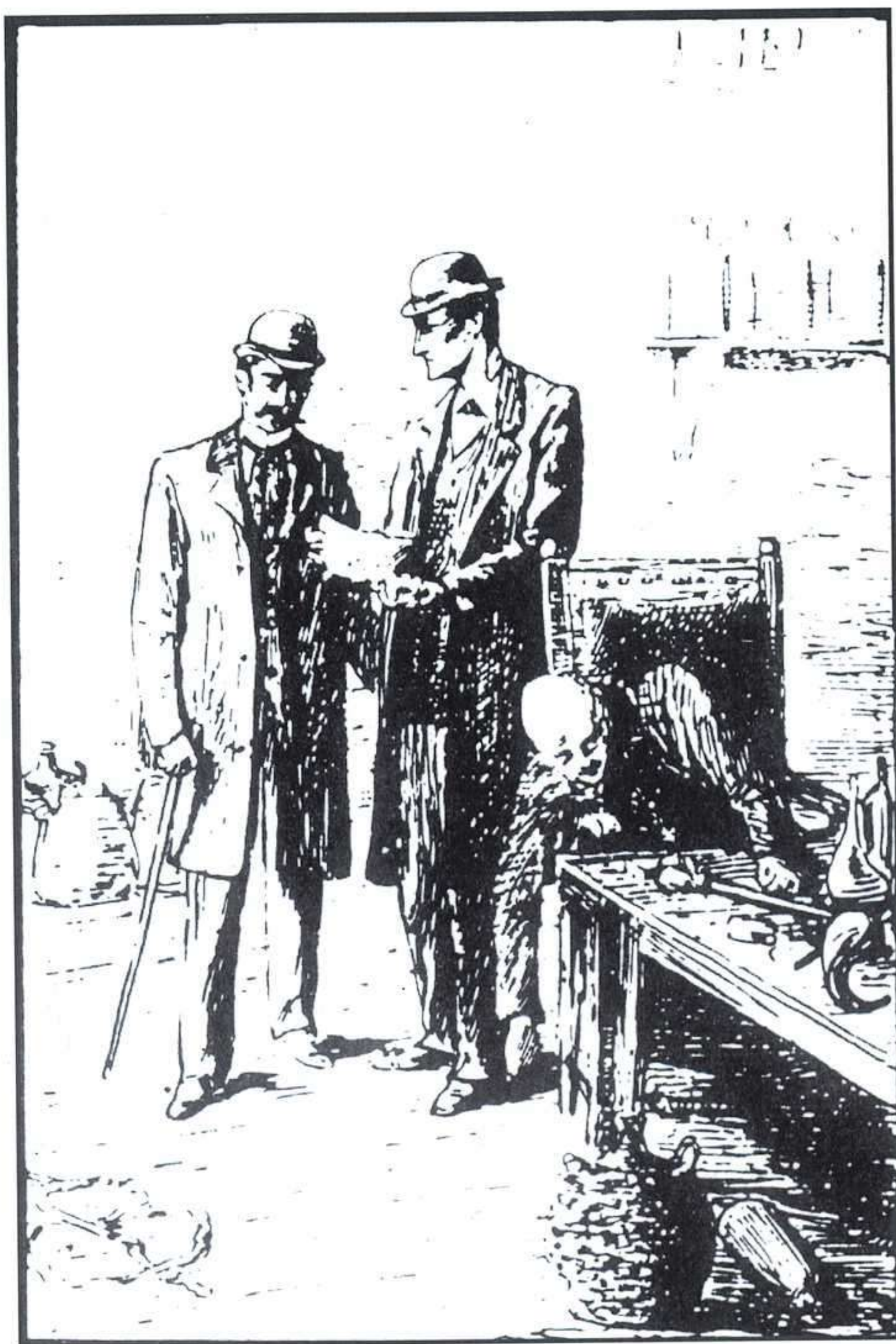


ARTHUR CONAN DOYLE

# El signo de los cuatro

por Juan Tébar\*



*La primera entrega de los casos de Sherlock Holmes tuvo mejor acogida en Estados Unidos que en Gran Bretaña, así que un editor americano fue el que pidió a Conan Doyle una nueva aventura de su genio de la deducción que fue alumbrada en el Lippincott's Magazine en 1890, con el título de The Sign of Four. En ella, las personalidades de Holmes y Watson quedan perfectamente definidas, así como las excentricidades y fobias del que estaba llamado a ser el rey indiscutible de los detectives. La novela, sin ser la mejor del ciclo, cosechó éxito y buenas críticas. La fama esperaba a su autor.*

ANÓNIMO, EL SIGNO DE LOS CUATRO, ANAYA, 1996.

Después de *Estudio en escarlata* —que no fue, precisamente, un éxito clamoroso, ¿quizá porque Watson se dejó llevar por ese romanticismo «inoportuno»?—, Sir Arthur Conan Doyle insistiría aún dubitativamente con el personaje tres años después. *El signo de los cuatro* apareció en 1890. Todavía, seguramente, no odiaba al detective porque éste no había triunfado aún. Tampoco la segunda novela consiguió el éxito. Por lo menos los escandalosos laureles, que no llegarían hasta que no se decidiera a escribir con él cuentos en vez de novelas.

El médico literato había cultivado la novela histórica entre las dos primeras entregas de Holmes. Ese género fue la mayor afición literaria de su vida. A ella volvería después de *El signo de los cuatro*, con *La guardia blanca*, su mejor obra según el propio autor. Pero enseguida, la fama de Holmes, las exigencias de editor y lectores, limitarían mucho su dedicación a otros empeños que no fueran los casos criminales del inquilino de Baker Street.

## Un encargo americano

La segunda novela de Sherlock Holmes nació gracias a una comida del coeditor americano. Era un tipo de Filadelfia llamado Lippincot. A ese almuerzo fue convocado también un célebre contemporáneo de Conan Doyle (y de Holmes, pues ambos habían nacido el mismo año, y uno de los *pastiches*, a los que alguna vez nos habremos referido, los une como personajes de una misma trama): se trataba nada menos que de Oscar Wilde, con quien seguramente también negociarían alguna publicación. No conozco datos, lamentablemente, de la posible intervención de Wilde en el alumbramiento de esta aventura del detective. Pero es bonito imaginarlos juntos en esta reunión, de donde saldría la pronto imparable ascensión de la criatura.

Sir Arthur, como ya sabemos, prefería publicar otro tipo de literatura, pero el avisado negociante yanqui sabía lo que quería. Lo sabía mejor que sus socios ingleses, que no estaban muy entusiasmados precisamente con el título anterior de Sherlock Holmes.

Doyle aceptó, pues, el encargo. Y co-



JOSÉ MARÍA PONCE, EL SIGNO DE LOS CUATRO, ANAYA, 1996.

mo pensaba, seguramente, que era el último, y no entraba en sus planes insistir con los mismos personajes, precipitó la boda de Watson. Luego tendría que ir para atrás, matar o alejar esposas y reunir a los dos colegas a pesar de la vida íntima del doctor.

La posible influencia de Macaulay entre sus lecturas predilectas, y su interés por ese género, que le preocupaba más por aquel entonces que la propia obra policiaca que estaba componiendo, puede rastrearse notablemente en *El signo de los cuatro*, donde se habla de tesoros de las colonias y de la formación del Imperio inglés.

Pero Holmes y Watson se iban guisando a fuego lento, iban creciendo, se iban haciendo fuertes, sin que el autor lo supiese, o sin que el autor lo quisiera.

En esta segunda novela, los personajes están todavía creciendo, el embrión va de-

sarrollándose, los elementos fundamentales ya existen. Es aquí, por ejemplo, donde aparecen «los irregulares de Baker Street», nomenclatura que tanto juego ha dado a los sucesivos admiradores de Holmes. Y que, como algunos otros datos dignos de destacarse, parecen inspirados directamente por Dickens.

Los «irregulares» son pilletes de las calles de Londres. Holmes los llama «fuerzas de la policía detectivesca, sección de Baker Street». Y Watson se echaba a reír al pensar en ellos. Son jóvenes callejeros, que forman tan disciplinadamente como un ejército ante la autoridad —y las propinas— de Sherlock Holmes. Nacen directamente de la ciudad real que albergó a ambos escritores, pero en la Historia de la Literatura, son ya más de Dickens que del propio Londres. Y Conan Doyle los aprovecha.

No es la única imagen, porque es el

mismo escenario, y una época cercana, en que se acercan los dos autores. En esta novela hay una descripción del Támesis de noche (aquí las barcazas ya tienen motor) que no dudará en relacionar cualquier lector de *Nuestro común amigo* con tan extraordinaria y escalofriante novela de Charles Dickens.

### Quedan definidos los personajes

Ocurren ya cosas sustanciales en este segundo libro del llamado *Canon*: el referido enamoramiento por parte de Watson de la señorita Morstan, por ejemplo. Ésta es una historia en que se pierde un tesoro, pero también en la que alguien gana otro: el amor de Mary, claro. Pero seguro que de eso volveremos a hablar luego. No nos adelantemos.

Y los personajes están ya definitivamente definidos: Holmes es vanidoso, genial, racista y brutalmente misógino en ocasiones, el de siempre, vamos. Como Watson es ingenuo, generoso, prudente, fiel, valiente aunque eternamente inexperto. Nuestro querido Watson de toda la vida.

Quiero decir que no son distintos los Holmes y Watson de estos dos libros y los que se hicieron inmortales en los relatos que seguirán. Los cuentos posteriores, con los que consiguió el éxito mayúsculo e inesperado, anotan, subrayan, perfilan, enriquecen, lo que ya estaba en las dos novelas primeras. Y en esta segunda suceden, como hemos visto, acontecimientos importantes y claves para la emoción del lector y el desarrollo de los personajes.

La diferencia fundamental respecto a las historias que, pese al autor, seguirán a ésta, reside en la estructura. Y no sólo en las características propias de la novela y el cuento.

*El signo de los cuatro*, por ejemplo, insiste en lo que, seguramente, podría considerarse un fallo estructural que ya existía en *Estudio...*: ambas novelas incluyen dentro de cada una de ellas otra novela. Y esas segundas novelas nos relatan los motivos antiguos de las acciones de la novela principal. En el primer libro, ambas historias estaban claramente diferenciadas, y eran, en realidad, como dos textos distintos. En *El signo de*

*los cuatro*, la segunda parte aparece como un relato aparte que cuenta uno de los personajes, la llamada «Extraña historia de Jonathan Small». Aunque figura sólo como un capítulo, dada su extensión, su importancia y lo exótico de su ambiente y estilo resulta más bien otra novela diferente. Diferente y algo peor: menos grata, porque nos priva durante muchas páginas de nuestros personajes preferidos, Holmes y Watson. Por más que su autor, años más tarde, hubiera querido privarse de ellos definitivamente, al lector no le gusta esa ausencia.

La historia de Small es como una novela de Kipling metida al final de una aventura de Sherlock Holmes. Lo de Kipling es una broma, nos referimos al ambiente exótico e imperial de la narración, pero vale como ilustración de una idea: la de Conan Doyle de mezclar historia y aventuras con el esquema del relato de intriga de debía, quizá, resultarle opresor. Si ya resulta chocante otra novela como remate de la primera, no es precisamente lo más adecuado en cuanto explicación de un caso policiaco. Las leyes del género —que ha de establecer, en gran medida el mismo Conan Doyle— se encargarán de demostrar *a posteriori* que las soluciones de los enigmas criminales, cuanto más sencillas y breves, muchísimo mejor.

A Sherlock Holmes no le parece mal este relato de Jonathan, por largo que sea, y por mucho que se dé de bruces con todo el relato anterior. Dice, más o menos textualmente, que lo considera un apropiado cierre para un caso interesante.

Yo creo que no le importó porque él ya se lo sabía. O sea, que, para él, el argumento ya se había acabado antes de que Small cuente su historia, y ya leímos que todo lo que no hable de él sobra. Es posible, pues, casi seguro, que Holmes no leyera este final. O todo lo contrario. Puede que lo hiciera para satisfacer su insaciable vanidad: la de comprobar por escrito que todas sus deducciones habían sido exactas. En cuyo caso le encantó, por supuesto.

### El genio deductivo

Es hora ya de entrar paso a paso en la novela, exponer nuestras opiniones sobre su desarrollo y comentar lo que nos



FRANK H. TOWNSEND, EL SIGNO DE LOS CUATRO, ANAYA, 1996.

dé la gana, una vez que suponemos al lector enterado de todo.

Ya en el primer capítulo leemos: «Sherlock Holmes cogió el frasco de la esquina de la repisa de la chimenea y sacó la jeringuilla hipodérmica de su elegante estuche de tafilete. Ajustó la delicada aguja con sus largos, blancos y nerviosos dedos y se remangó la manga izquierda de la camisa...».

Watson confiesa que había presenciado esa operación tres veces al día durante muchos meses. Y se lo recrimina, como amigo y como médico, pero ya se sabe el caso que solemos hacer a los amigos, y mucho menos a los médicos, cuando se trata de renunciar a un vicio necesario para la vida, aunque también sea influyente para la muerte, o cuando menos para la salud. Es curioso, de todos modos, que Watson no insistiera de la misma forma en lo referente al tabaco.

En este primer capítulo, donde se explican muchas cosas —entre otras, la opinión de Holmes sobre el estilo literario de Watson, las propiedades y las contraindicaciones de la droga, y nada menos que la ciencia del razonamiento deductivo—, el detective explica por qué se inyecta esa solución de cocaína al siete por ciento. Watson le ha avisado sobre sus peligros. El «paciente» defiende sus ventajas: estimula y aclara el cerebro de tal forma, que Holmes considera verdaderamente secundarios los efectos, que precisamente se llamaban así, y «secundarios» siguen llamándose en toda la literatura actual de cualquier medicamento.

Holmes habla mucho al comienzo de este libro. El alto concepto que tiene de sí mismo queda absolutamente claro al declarar que no sólo se considera el primero en su profesión, sino el único.

Como decíamos más arriba, el arranque de esta novela, que todavía es la segunda, no lo olvidemos, en la serie del detective, dedica la mayor parte de su primer capítulo a poner claras las cosas respecto a los métodos y las características del personaje. Por eso, Holmes da a

Watson una lección sobre la ciencia que él llama «del razonamiento deductivo».

Después de referirnos algunos de los títulos y temas de ciertas monografías a las que Holmes dedica su tiempo libre, la de las diferencias entre las cenizas de los distintos tabacos, por ejemplo, enumera las tres cualidades necesarias al detective ideal: la facultad de observación, la de deducción, y los conocimientos, cuanto mayores mejor. E incluso mejor todavía si se aplican a «enormes minucias». Hemos utilizado el título de un delicioso libro de G.K. Chesterton para calificar esos detalles, aparentemente nimios, en los que Sherlock Holmes basa sus brillantes deducciones a partir de sus detalladas observaciones, enriquecidas gracias a sus múltiples conocimientos.

Y, entonces, dedica a su amigo Watson la divertida prueba del reloj, que ha quedado como ejemplo de las habilidades del famoso detective.

Watson, para someter a una prueba las teorías de Holmes, le entrega un reloj que tiene desde hace poco tiempo. Su compañero debe extraer de su mera observación un informe sobre el carácter y las costumbres de su dueño anterior a Watson. Y el brillante mirón de la vida realiza el juego, la prestidigitación, el espectáculo, la clase práctica.

Hasta que Watson le enseñó el reloj, Holmes no sabía que su amigo hubiera tenido un hermano. Sin embargo, gracias a las abolladuras del cronómetro, a las letras grabadas por el prestamista, a las rayas producidas por resbaladuras de la llave con que se da cuerda..., no sólo descubre la existencia del pariente de Watson, sino su pobreza, su afición a la bebida, y su muerte reciente.

El doctor, emocionado por el recuerdo del hermano, desconfiado al principio de las deducciones que él cree conjeturas, abrumado luego por la exactitud de los resultados y por la explicación que Holmes le da de cómo ha llegado a ellos, reconoce finalmente las maravillosas facultades de su colega.

«De ahí lo de la cocaína [dice el genio deductivo]. No puedo vivir sin hacer trabajar el cerebro. ¿Qué otra razón hay para vivir?...

»... Mire por esa ventana. ¿Alguna vez ha sido el mundo tan lúgubre, triste e improductivo? Mire esa niebla amarilla

que hace remolinos por la calle y se desliza ante esas casas grises. ¿Puede haber algo más desesperadamente prosaico y material? ¿De qué sirve tener talento, doctor, si no se tiene campo en el que aplicarlo? Los delitos son vulgares, la existencia es vulgar, y en este mundo no hay sitio para lo que se salga de la vulgaridad...»

## Me aburro, luego resuelvo crímenes

O sea que Holmes observa, piensa, deduce y aprende, porque la vida le aburre. Muchos genios empezaron con la misma motivación existencial.

Pero la vida tan vulgar a veces da sorpresas. En algunas ocasiones privilegiadas, esa sorpresa llama a la puerta. Y en este caso la sorpresa es una señorita. Una atractiva joven llamada Mary Morstan, que proporcionará a Sherlock Holmes un caso —el de *El signo de los cuatro*— y al doctor Watson un amor. Aunque ya sabemos, quienes hemos leído todas las otras aventuras, anteriores o posteriores a ésta, que los amores de Watson nunca le separaron del todo de su amigo Sherlock Holmes.

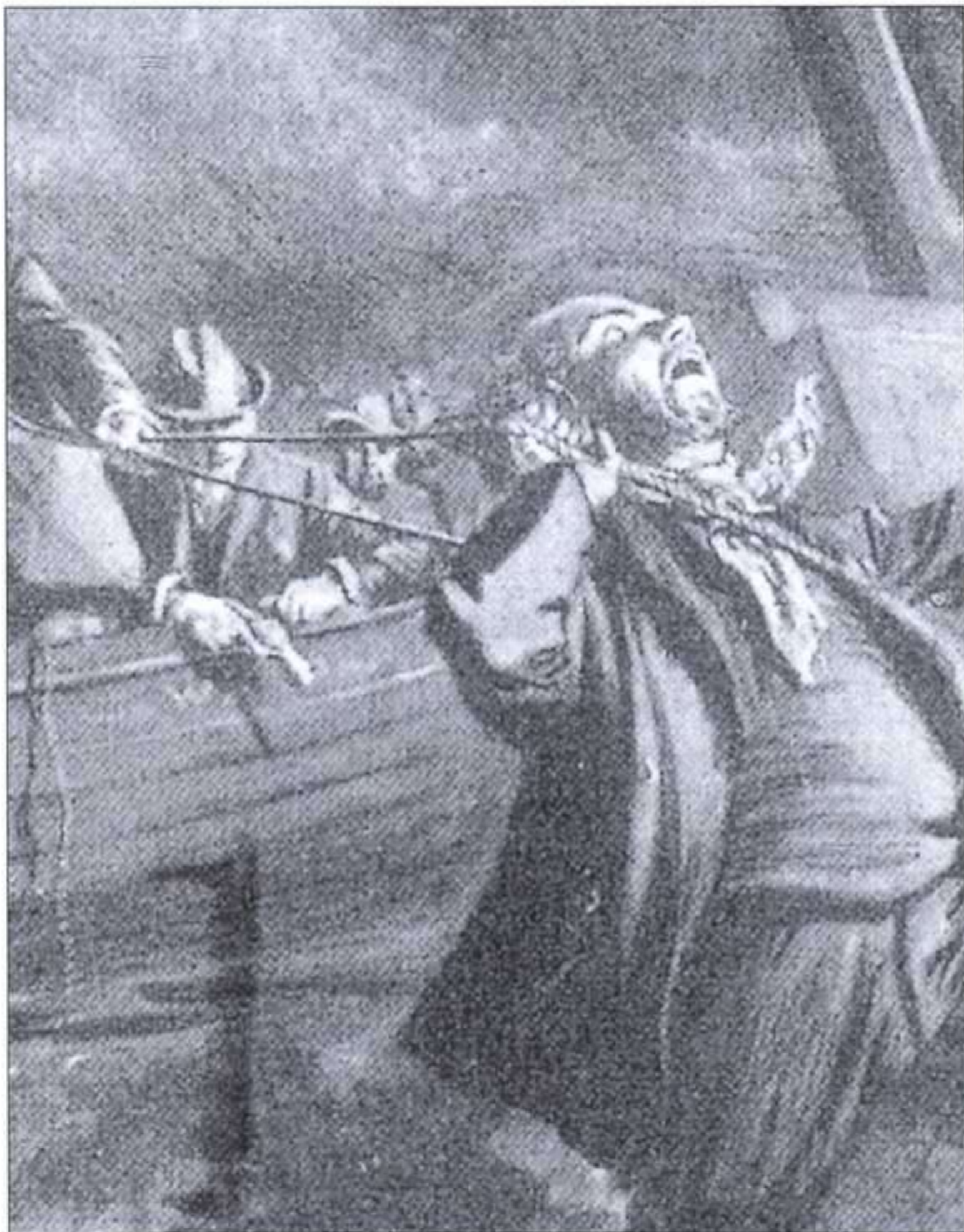
Watson no puede disimular que la joven ha llamado su atención, Holmes dice: «¿Ah, sí?... No me he fijado». Luego declarará que «las cuestiones emocionales son enemigas del razonamiento claro».

¿Acaso nuestro detective es incapaz de distinguir entre una mujer atractiva y otra que no lo es? No se trata de eso. Se acuerda, por ejemplo, de una mujer fascinante. Pero, por fortuna, él no se dejó influir por su aspecto:

«Le aseguro que la mujer más fascinante que jamás he conocido fue ahorcada por haber envenenado a tres niños para cobrar un seguro...».

Watson sí que se deja influir por algunas apariencias. Las femeninas, de las que estábamos hablando, le interesan bastante. No es nada misógino, al contrario de su compañero.

En cuanto el doctor y la joven se quedan solos, el mismo día de haberse conocido, se cogen las manos a la luz misteriosa de una linterna, en plena investigación de este sangriento caso. El



FRANK H. TOWNSEND, EL SIGNO DE LOS CUATRO, ANAYA, 1996.



FRANK H. TOWNSEND, EL SIGNO DE LOS CUATRO, ANAYA, 1996.

amor, dice Watson, es algo sutil y maravilloso. Fue un flechazo, evidentemente. Cuando se refiere a Mary Morstan habla de la característica, el toque, la cualidad «angelical» de las mujeres. Y no hay asomo de ironía en esto. Una de las diferencias más significativas entre el doctor y el detective es que en Watson no existe la ironía. Quizás él es el angelical. Cuando elucubra sobre su posible futuro al lado de tan deliciosa criatura, su modestia le hace tener escrúpulos: ella es rica, y Watson en cambio... ¿No es, en verdad, qué digo un ángel, un arcángel este querido doctor? Imagina el paraíso con el aspecto de un tranquilo hogar inglés al lado de ella, en medio de aquel asunto bárbaro y sombrío. Y cuando, en

Baker Street, duerme al son del violín de Holmes, ¿con quién sueña? Con Mary, por supuesto. Al final de la historia, recuerden, alguien ha perdido un tesoro, pero Watson ha ganado otro. Deténgase el lector en la descripción que hace de su amada, de este tesoro, junto a la ventana, como un cuadro, como una miniatura. El amor romántico baña la prosa del doctor en melancolía. Seguro que a Holmes no le gustará cuando lea *El signo de los cuatro*. No, evidentemente, Watson no es misógino. Quizás él sí habría caído en las garras de aquella fascinante envenenadora de niños...

Quien es misógino, y ferozmente, es nuestro detective. Asegura que uno no se debe nunca confiar por completo a las

mujeres..., «ni siquiera a la mejor de ellas», y Watson, que ha decidido ya cuál es «la mejor de ellas», anota en su relato que el comentario de Holmes le parece «atroz».

Nunca dos camaradas tan unidos se parecieron menos. Éste es uno de los relatos en que puede comprobarse con más claridad. A pesar de todo, su colaboración seguirá, por encima de diferencias tan notables.

Finalmente, los dos amigos hacen futuribles sobre su porvenir: Watson cree que, al casarse, no volverá a participar en sucesivos casos Holmes. Holmes asegura que no se casará jamás. El primero no lo cumplió, como sabemos. El segundo sí, salvo que los cronistas nos hayan ocultado lo contrario. Y al finalizar esta historia, el detective se sumerge en soledad «al siete por ciento», fiel a sus principios: Watson se lleva una esposa, los criminales su merecido, el policía Jones la fama. ¿Y Holmes?, ¿con qué se queda Holmes? El doctor nos lo cuenta con las últimas frases de la novela:

«— A mí —dijo Sherlock Holmes— me queda todavía el frasco de cocaína.

»Y levantó su mano blanca y alargada para cogerlo.»

También, para terminar el libro, se sugiere algo que habría encantado a Robert Louis Stevenson: el propio Sherlock Holmes se apoya en una cita culta para que advirtamos complejas posibilidades de su personalidad:

«A veces me acuerdo de aquella frase del viejo Goethe: “La naturaleza ha hecho de ti un solo ser, aunque había material para un buen hombre y un rufián”.»

A quién me suceda en el noble trabajo de escribir sobre las obras de sir Arthur y su *adorado* Sherlock Holmes, dejo la tarea de continuar esta interesante reflexión: ¿No habría sido un estupendo malvado, un canalla de primera línea, un asesino genial, este racista, misógino, presumido y cerebral caballero que vivía en el 221 B de Baker Street? Porque Holmes también tenía su Mr. Hyde. Algo parecido a Moriarty, seguro. ■

\* **Juan Tébar** es escritor y crítico literario.

**Nota**  
Este artículo se publicó como apéndice en *El signo de los cuatro* (Anaya, 1996).